

RETIRO “APUNTES SOBRE LA ORACIÓN”

6 – LA IGLESIA EN ORACIÓN

VER:

Dentro de la celebración del Jubileo 2025, con el lema “Peregrinos de esperanza”, el Papa Francisco pidió que el tiempo de preparación se dedicase a “redescubrir el gran valor y la necesidad absoluta de la oración, en la vida personal, en la vida de la Iglesia y en el mundo”.

Igualmente, el presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización dijo: “Éste es un momento privilegiado para redescubrir el valor de la oración, la necesidad de la oración diaria en la vida cristiana; cómo orar, y, sobre todo, cómo educar a la oración hoy”.

Para dar respuesta a estas propuestas, estamos realizando estos retiros mensuales. Hoy vamos a contemplar “la Iglesia en oración”. Comenzamos diciendo juntos la Oración del Jubileo:

Padre que estás en el cielo, la fe que nos has donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano, y la llama de caridad infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, despierten en nosotros la bienaventurada esperanza en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio que fermenten la humanidad y el cosmos, en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva, cuando vencidas las fuerzas del mal, se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza, el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero la alegría y la paz de nuestro Redentor.

A Ti, Dios bendito eternamente, sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

Como vimos en el retiro anterior, Jesús dijo la parábola de la viuda y el juez (Lc 18, 1-8) para mostrar a sus discípulos la necesidad de orar siempre sin desfallecer. De ahí que la oración, tanto la individual como la comunitaria, figura entre los principales cometidos de sus discípulos, de la Iglesia.

La vida de oración de Jesús es la clave para la comprensión de la oración de la Iglesia. Los Evangelios nos cuentan como Jesús participó tanto en el culto público en la sinagoga, orando comunitariamente, como que Jesús oraba solo, en el silencio de la noche, sobre las colinas o en la soledad del desierto.

Con frecuencia hemos oído hablar de la «institución» de los Sacramentos por Jesús, en particular la Eucaristía. Pues bien, Jesús instituyó también la oración característica de sus discípulos, la oración de los hijos de Dios. Jesús ofreció abundantes enseñanzas acerca de la oración y, en consecuencia, tanto la comunidad como los individuos oran sin cesar, cumpliendo así el mandato de Jesús.

Por eso, cuando hablamos de “la Iglesia en oración”, estamos hablando de nosotros mismos en oración, porque nosotros somos y formamos la Iglesia.

Para la reflexión:

- ¿Qué tiempo ocupa mi oración individual, y mi oración comunitaria? ¿Están equilibrados?
- Cuando oro, ¿me siento “Iglesia”, unido al resto de miembros?
- ¿La vida de oración de Jesús me sirve de modelo para mi oración?

JUZGAR:

Hch 1, 14:2,42:

¹⁴Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús. ⁴²Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones.

Jesús ha asegurado que el Padre escuchará la oración hecha en su nombre. El libro de los Hechos nos muestra una Iglesia orante, una comunidad profundamente enraizada en la oración. Al igual que Jesús, los primeros cristianos acudían al Templo y a la sinagoga, aunque luego también oraban, privadamente o en común.

Es, por tanto, una Iglesia que ora, que vive en la dependencia de su Señor, lo mismo que Jesús había vivido en la dependencia del Padre. No encontramos en los Hechos una Iglesia autosuficiente, segura de sí misma y de sus medios, sino una Iglesia que en su debilidad se sabe sostenida en el poder y la gracia de Dios, fortalecida por el Espíritu Santo.

La oración es su respiración cotidiana y es también su fuerza. La comunidad cristiana primitiva experimentó el poder de la oración. La Iglesia de los Hechos se experimentó sostenida por la oración que la hacía fuerte en medio de la debilidad.

Lo primero que veía alguien que se acercaba a la primera comunidad cristiana era una Iglesia orante: “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch. 2, 42). Del mismo modo que los discípulos se impresionaron por la imagen de Jesús en oración, hasta el punto de pedirle: “Señor, enséñanos a orar” (Lc 11, 1), igualmente los nuevos discípulos deberían quedar impresionados por la imagen de una Iglesia en oración.

En muchas páginas de los Hechos se muestra a la Iglesia en oración, tanto en momentos cotidianos como ante los problemas que van surgiendo entre ellos, y también en la persecución. Y era una oración perseverante. No es la oración de un instante, un acto esporádico, por una necesidad pasajera. Perseverante implica un trabajo de continuidad y asiduidad, un estilo de vida: los primeros cristianos asimilaron verdaderamente lo esencial de la enseñanza de Jesús sobre la oración y por eso la perseverancia en la oración es una nota característica de la comunidad cristiana que surge de Pentecostés.

Para la reflexión:

- Cuando alguien se acerca a nuestra comunidad parroquial, ¿ve ante todo una Iglesia en oración, o a “gente haciendo cosas”?
- ¿Mi oración es perseverante, o está motivada por las necesidades que van surgiendo?

El ejemplo de la primera comunidad cristiana nos debe servir como modelo, tanto a nivel individual como a nivel comunitario, para seguir siendo Iglesia en oración perseverante. Y sigamos teniendo presente que, cuando hablamos de “la Iglesia en oración”, estamos hablando de nosotros mismos en oración, porque nosotros somos y formamos la Iglesia.

Los seres humanos tenemos una estructura relacional y dialogal: necesitamos encontrarnos con otras personas, relacionarnos, hablar y escuchar. Por eso, la oración debe ser también relación y diálogo con Dios.

La oración es un momento privilegiado de encuentro con el amor de Dios. Dios nos busca continuamente, y el fundamento de la oración es dejarnos alcanzar por Quien nos busca. Debemos tener sed de Dios, de encontrarlo, de sabernos en Su presencia e iniciar el diálogo entre Él y nosotros: necesitamos poder decirle “Tú” a Dios.

Pero, aunque a menudo nos preguntamos por lo que hay que decirle, la oración es ante todo una experiencia de “presencia”. Cuando nos encontramos con un amigo, estamos, ciertamente, interesados por lo que dice, piensa o hace, pero nuestra verdadera alegría es estar allí, con él y experimentar su presencia; y, cuanto mayor sea la intimidad con él, tanto menos necesitamos explicaciones y palabrería.

En la oración, antes de entablar un diálogo con Dios, debemos buscar una experiencia de presencia. Como en la amistad humana, ésta es también la primera intención del orante para entrar en diálogo con Dios: saberse y sentirse en Su presencia.

En la oración, miramos a Dios y nos dejamos mirar por Dios. Él penetra el fondo de nuestro corazón, nos ve con todas nuestras posibilidades, también con nuestro pecado, y nos invita a que le demos una respuesta. La verdadera oración empieza cuando descubrimos esa mirada de amor, pero para ello tenemos necesidad de que Dios ilumine los ojos de nuestro corazón.

En el encuentro de la oración nos colocamos ante Él con nuestra pobreza, nuestra insuficiencia, nuestro pecado, pero también con nuestro deseo de conocer y cumplir su voluntad. Sabemos que su mirada está llena de misericordia y de perdón: no ha venido al mundo para condenarnos sino para salvarnos. Por eso, en la oración no deja de suscitar en nosotros posibilidades de resurrección.

Pero no debemos reducir la presencia de Dios a “estar” y “dialogar”. La oración de la Iglesia, la individual de cada uno de sus miembros y la comunitaria, nos ayuda a descubrir y vivir que el Señor está conmigo, con nosotros, en la vida diaria, cuando estamos trabajando, cuando estamos realizando las tareas de casa, cuando vamos a la parroquia, cuando caminamos por las calles.

Si en cada situación cotidiana tenemos la confianza de que Él nos acompaña, también Él nos dará la fuerza suficiente para ser discípulos misioneros. La Iglesia en oración adquiere una nueva forma de vivir que nos hace ir más allá de nuestra cotidianidad, descubriendo al Resucitado en nuestra vida diaria, y la fuerza del Espíritu, y todo tiene un nuevo aspecto.

Para la reflexión:

- ¿Mi oración es relación y diálogo con Dios, o monólogo por mi parte?
- Cuando oro, ¿empiezo por sentirme “en presencia” de Dios?
- ¿Esa presencia de Dios continúa a lo largo de mi jornada, o sólo durante la oración?

ACTUAR:

Ser Iglesia en oración evita que, en la práctica, lleguemos a entender nuestra vida como un conjunto de compartimentos estancos, separados: concedemos a Dios algunos tiempos (devociones, Eucaristía, formación, algún compromiso...), pero el resto del tiempo nuestra vida discurre por otros derroteros y se guía por otros parámetros.

Como Iglesia que somos, estamos llamados a poner la oración en el centro de nuestra relación con Dios. La oración es el sustento de nuestra fe, por eso hemos de alimentar y mantener nuestra relación con el Señor a través de la oración.

Ser Iglesia en oración nos enseña a plantearnos nuestro ser cristianos y nuestro estilo de vida como algo unificado. La oración de la Iglesia se nutre de la vida, de los sucesos cotidianos, de los dolores diarios. Si aprendiéramos a escuchar a Dios “oiríamos” su voz, porque Dios nos habla: habla en su Evangelio y habla hoy en la vida, ese “quinto Evangelio” que página a página vamos escribiendo todos los días.

Si desde la oración aprendemos a contemplar la vida con los ojos de Dios, contempla-acción, descubriremos que en el mundo todo tiene su misión en la construcción del Reino de Dios. De ahí que quien quiera vivir la oración cristiana no se conformará con levantar los ojos al cielo para ver a Dios, sino que contemplará también el mundo con la mirada de Dios, y lo contemplado se concretará en acción.

La oración de la Iglesia impide que nos refugiamos en un espiritualismo desencarnado. Como los discípulos, también nosotros tenemos que descender de nuestra particular “montaña de la transfiguración”, donde “estamos tan bien”, y tenemos que regresar al valle de nuestra vida diaria donde nos cubre a menudo la niebla o surgen dudas que nos tapan “el sol que nace de lo alto”.

Algunas personas opinan que, cuidando bien la oración, deberían adquirir la energía suficiente como para poder superar después, desde la fe, los acontecimientos de la vida diaria; pero constatan que, cuando vuelven a la realidad, parece que todo se evapora. Pero la oración de la Iglesia lo que hace es ayudarnos a adquirir una nueva visión, un cambio de perspectiva: la vida diaria se nos muestra envuelta en una luz completamente nueva, porque se desarrolla bajo la mirada de Dios.

La oración individual y comunitaria forma parte esencial de nuestro ser Iglesia, de nuestro ser discípulos y apóstoles de Jesús, intentado vivir la santidad en lo cotidiano. El mundo necesita de la Iglesia en oración perseverante, porque sin oración no hay evangelización, ni catequesis, ni acción pastoral, ni construcción del Reino.

Para la reflexión:

- ¿Busco la unidad entre fe - vida - contemplación, o hago “compartimentos estancos”?
- ¿La oración me hace contemplar la vida con los ojos de Dios?
- ¿Los hechos de la vida diaria alimentan nuestra oración como Iglesia?
- Pienso en un compromiso concreto, posible y revisable que nos ayude a mejorar nuestro ser Iglesia en oración.

<p style="text-align: center;">RETIRO “APUNTES SOBRE LA ORACIÓN” 6 – LA IGLESIA EN ORACIÓN</p>
--

VER:

Oración del Jubileo:

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal, se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.
A Ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

- ¿Qué tiempo ocupa mi oración individual, y mi oración comunitaria?
¿Están equilibrados?
- Cuando oro, ¿me siento “Iglesia”, unido al resto de miembros?
- ¿La vida de oración de Jesús me sirve de modelo para mi oración?

JUZGAR: Hch 1,14;2,42

¹⁴Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús. ⁴²Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones.

- Cuando alguien se acerca a nuestra comunidad parroquial, ¿ve ante todo una Iglesia en oración, o a “gente haciendo cosas”?
- ¿Mi oración es perseverante, o está motivada por las necesidades que van surgiendo?
- ¿Mi oración es relación y diálogo con Dios, o monólogo por mi parte?
- Cuando oro, ¿empiezo por sentirme “en presencia” de Dios?
¿Esa presencia de Dios continúa a lo largo de mi jornada, o sólo durante la oración?

ACTUAR:

- ¿Busco la unidad entre fe - vida - contemplación, o hago “compartimentos estancos”?
- ¿La oración me hace contemplar la vida con los ojos de Dios?
- ¿Los hechos de la vida diaria alimentan nuestra oración como Iglesia?
- Pienso en un compromiso concreto, posible y revisable que nos ayude a mejorar nuestro ser Iglesia en oración.

